

843
M.

D974
M38



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA VIDA ERRANTE.

I.

CANSANCIO.

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
MEXICO

He salido de París y aun de Francia, porque acabó por fastidiarme demasiado la torre Eiffel.

No solamente se la veía desde cualquier lado, sino que se la encontraba por todas partes, construída de todas las materias conocidas, expuesta en todos los escaparates, pesadilla inevitable y abrumadora.

Pero no fué ella únicamente lo que me dió un irresistible deseo de vivir solo durante algún tiempo, sino todo lo que se hacía en su derredor, dentro, encima y en las cercanías.

¿Cómo se habrán atrevido los periódicos á hablarnos de arquitectura nueva con motivo de ese armazón metálico? porque la arquitectura, la menos comprendida y más olvidada de las artes hoy, es quizás también la más estética, misteriosa y nutrida de ideas.

Ha tenido el privilegio de simbolizar, por decirlo así, al través de los siglos cada época, y de resumir, en un corto número de monumentos típicos, la ma-

nera de pensar, de sentir y de soñar de una raza y de una civilización.

Algunos templos y algunas iglesias, algunos palacios y algunos castillos contienen casi toda la historia del arte al través del mundo, expresan á nuestros ojos, mejor que libros, por la armonía de sus líneas y el encanto de su ornamentación, toda la gracia y magnificencia de una época.

Pero yo me pregunto qué se deducirá de nuestra generación si algún trastorno próximo derriba esa elevada y flaca pirámide de escalas de hierro, esqueleto falto de gracia y gigante, cuya base parece hecha para soportar un enorme monumento ciclópeo, y que se termina por un ridículo y débil perfil de la chimenea de fábrica.

Es un problema resuelto, dicen. Sea—, pero á nada conducía!—y yo prefiero entonces á esa concepción inoportuna, intentar de nuevo la construcción de la torre de Babel, á la que se dedicaron en la duodécima centuria los arquitectos de la linterna de Pisa.

La idea de construir esa gentil torre de ocho pisos de columnas de mármol, inclinada cual si estuviera siempre para caerse, de probar á la posteridad maravillada que el centro de gravedad no es sino una preocupación de ingeniero, y que los monumentos pueden prescindir de él, ser admirables de todos modos y atraer, después de siete siglos, más visitantes sorprendidos que la torre Eiffel atraerá dentro de siete meses, constituye ciertamente un problema—puesto que problema existe—más original que el de esta gigante torre construída para ojos de indios.

No se me oculta que otra versión pretende que la linterna se ha inclinado sola. ¿Quién lo sabe? El lindo monumento guarda siempre su secreto discutido é impenetrable.

Poco me importa, por lo demás, la torre Eiffel. No fué más que el faro de una *kermesse* internacional, según la expresión consagrada, cuyo recuerdo me asediará como una pesadilla, como la visión realizada del horrible espectáculo que puede proporcionar al hombre disgustado la multitud que se divierte.

Me guardaré bien de criticar esa colosal empresa política, la Exposición Universal, que ha mostrado al mundo, en el preciso momento de hacerlo, la fuerza, la vitalidad, la actividad y la riqueza inextinguibles de este sorprendente país que se llama Francia.

Hase proporcionado un gran placer, una gran diversión y un ejemplo no menos grande á los pueblos y á los *burgueses*. Se han divertido con toda su alma. Bien hecho. Todos se han portado perfectamente.

Yo he comprobado, desde el primer día, que no soy de naturaleza apta para semejantes placeres.

Después de haber visitado con profunda admiración la galería de máquinas y los fantásticos descubrimientos de la Ciencia, de la Mecánica, de la Física y de la Química modernas; después de haber observado que la danza del vientre sólo es divertida en los países donde se agita desnuda esa parte del cuerpo, y que las demás danzas árabes carecen de atractivo y de color fuera de los *ksours* blancos de Argelia, he pensado que, en definitiva, el ir allá de

vez en cuando sería molesto, pero distraído, de lo cual se podría descansar en otra parte, en casa ó en la de los amigos.

Pero no se me había ocurrido lo que iba á ser de París invadido por el universo:

Desde el amanecer, las calles están llenas y las aceras llevan muchedumbres cual engrosados torrentes. Todo eso va á la Exposición, ó vuelve ó torna de nuevo. En los paseos, mántiense los coches como vagones de un tren indefinido. Ni uno está vacío. No hay cochero que consienta en llevaros á otra parte que á la Exposición, ó á su cochera cuando va á relevar. Nada de cupés en los círculos. Todos están trabajando para el curioso extranjero; nada tampoco de mesas en las fondas, ni de amigos que coman en su casa ó que acepten comer en la vuestra.

Cuando se les convida, aceptan á condición de banquetear en la torre Eiffel. Esto es más alegre. Y todos, como si obedecieran á una consigna, os convidan allí todos los días de la semana, bien á almorzar, bien á comer.

En aquel calor, en aquel polvo, en aquel mal olor, en aquella muchedumbre de populacho alegre y en transpiración, en aquellos papeles manchados de grasa que vuelan y se arrastran por todas partes, en aquel olor á salchichería y á vino, esparcido por los bancos, en aquel aliento de trescientas mil bocas que despiden el ambiente de sus alimentos, en aquel codearse, en aquel roce, en la mezcla de toda aquella carne recalentada, en aquel sudor confundido de todos los pueblos que siembran sus pulgas en los asientos y por los caminos, encontraba yo muy

legítimo que se fuera á comer una vez ó dos, con disgusto y curiosidad, el guiso de cantina de los bo-degoneros aéreos, pero me asombraba que se pudiera comer, todas las tardes, en aquella mugre y entre aquella gritería, como lo hacía la buena sociedad, la sociedad delicada, la sociedad escogida, la sociedad fina y modosa que, de ordinario, siente náuseas en presencia del pueblo que sufre y padece la fatiga humana.

Esto prueba, por lo demás, de una manera cumplida, el triunfo completo de la democracia.

Ya no hay castas, ni razas, ni epidermis aristocráticas. Ya no existen entre nosotros más que gentes ricas y gentes pobres. Ninguna otra clasificación puede diferenciar los grados de la sociedad contemporánea.

Otra aristocracia de orden distinto se establece, que acaba de triunfar por unanimidad en esta Exposición universal, la aristocracia de la ciencia ó más bien dicho, de la industria científica.

Las artes desaparecen; su mismo sentido se borra en el espíritu de la nación, que ha visto sin protesta el horripilante decorado de la cúpula central y de algunas construcciones próximas.

El moderno gusto italiano nos invade, y el contagio es tal, que los rincones reservados á los artistas en este gran bazar popular y *burgués* que se acaba de cerrar tenían aspecto de reclamos y de instalaciones de feria.

Yo no protestaría en modo alguno contra el advenimiento y el reinado de los *sabios científicos*, si la naturaleza de su obra y de sus descubrimientos

no me obligase á observar que son, ante todo, *sabios comerciantes*.

Tal vez no sea culpa suya. Pero dijérase que el espíritu humano se aprisiona entre dos murallas que no se franquearán ya: la industria y la venta.

En el comienzo de las civilizaciones, precipitose el alma del hombre hacia el arte. Creyérase que entonces le dijo una divinidad celosa: "Te prohibo que pienses más en esas cosas. Piensa únicamente en tu vida de animal, y yo te permitiré multitud de descubrimientos."

He aquí, en efecto, que hoy parece hallarse extinta la emoción seductora y poderosa de los siglos artistas, mientras que espíritus de otro orden distinto surgen inventando máquinas de todas clases, sorprendentes aparatos, mecánicas tan complicadas como los cuerpos vivos, ó combinando substancias y obteniendo resultados admirables y maravillosos. Todo ello para servir á las necesidades físicas del hombre, ó para matarle.

Las concepciones ideales, así como la ciencia pura y desinteresada, la de Galileo, de Newton, de Pascal, parécennos prohibidas, en tanto que nuestra imaginación se ofrece cada vez más excitable por el deseo de especular con los descubrimientos útiles á la existencia.

Ahora bien, el genio de aquel que de un salto de su pensamiento se ha elevado desde la caída de una manzana á la gran ley que rige los mundos, no parece nacido de un germen más divino que el penetrante espíritu del inventor americano, del milagroso fabricante de campanillas, de portavoces y de aparatos luminosos.

¿No es éste el vicio secreto del alma moderna, el sello de su inferioridad en un triunfo?

Quizás esté yo completamente equivocado. De todos modos, estas cosas que nos interesan, no nos apasionan como las antiguas formas del pensamiento, á nosotros, esclavos impresionables de un sueño de delicada belleza, que persigue y estropea nuestra vida.

Comprendí que me sería grato el ver otra vez á Florencia, y me marché.

II.

LA NOCHE.

Salidos del puerto de Cannas á las tres de la mañana, pudimos recoger todavía un resto de las débiles brisas que los golfos exhalan hacia el mar durante la noche. Después un ligero viento empujó al *yacht* cubierto de tela, en dirección de la costa italiana.

Es un barco de veinte toneladas, blanco, con un hilo dorado que le rodea como un débil *bramante* en un costado de cisne. Sus velas, de tela fina y nueva, bajo el sol de Agosto que despide llamas sobre las aguas, semejan alas de plateada seda, desplegadas en el firmamento azul. Sus tres focos vuelan hacia delante, triángulos ligeros que redondea el soplo del viento, y la gran mesana permanece muella, bajo la flecha aguda que dirige al cielo su brillante punta, á dieciocho metros sobre el puen-

te. En la parte de popa, la última vela, la latina, parece estar durmiendo.

Y pronto dormita todo el mundo sobre el puente. Es una tarde de estío, sobre el Mediterráneo. Ha caído la última brisa. El feroz sol llena los cielos y hace de la mar una superficie blanda y azulada, inmóvil y sin sacudidas, dormida también, bajo brillante espuma que parece el sudor del agua.

A pesar de las tiendas que he mandado colocar para resguardarme, es tal el calor bajo la tela, que me voy al salón á echarme en un diván.

Siempre hace fresco adentro. El barco es profundo, está construido para navegar en los mares del Norte, y soportar los temporales. Pueden vivir con alguna estrechez, tripulación y pasajeros, en esta pequeña vivienda flotante, y sentarse siete comensales alrededor de la mesa del salón.

La parte interior es de pino barnizado del norte, con encuadramientos de *teck*, y aclarado por los cobres de las cerraduras, de los herrajes, de los candeleros, por todos los cobres amarillos y alegres, que son el lujo de los *yachts*.

¡Cuán extraño es este cambio, después del clamoreo de París! Ya no oigo nada, pero nada, absolutamente nada. Cada cuarto de hora, el marinero que dormita en la *barra*, tose y escupe. El reloj colgado en el muro de madera, produce un ruido que parece formidable en aquel silencio del cielo y de la mar.

¡Y este insignificante *tic tac*, único perturbador del inmenso reposo de los elementos, me causa de improviso la sorprendente sensación de las soledades sin límites donde los murmullos de los mun-

dos, ahogados á algunos metros de sus superficies, se tornan imperceptibles en medio del silencio universal!

Parece que algo de esa calma eterna del espacio, desciende y se esparce por el mar inmóvil, en este caluroso día de verano. Es algo que agobia, algo irresistible, adormecedor, que anonada como el contacto del vacío infinito. Toda voluntad desfallece, todo pensamiento se detiene, el sueño se apodera del cuerpo y del alma.

Cuando me desperté, anocheía. Algunos soplos de brisa crepuscular, muy inesperados por ciertos, nos empujaron aún hasta que se puso el sol.

Estábamos bastante cerca de las costas, frente á una ciudad, San Remo, sin esperanza de arribar á ella. Otros pueblos ó pequeñas ciudades se extienden al pié de la elevada montaña gris, cual montones de ropa blanca puesta á secar en las playas. Humeaban algunas neblinas en las pendientes de los Alpes, borrando los valles y arrastrándose hacia las cumbres, cuyas crestas dibujaban una inmensa línea, dentellada en un cielo de rosa y lila.

Y la noche cayó sobre nosotros, desapareció la montaña, encendiéronse luces al ras del agua en toda la longitud de la inmensa costa.

Un buen olor á cocina salió del interior del *yacht*, mezclándose agradablemente con el fresco y saludable ambiente del aura de la mar.

Cuando hube comido, me tendí en el puente. Aquel tranquilo día de navegación había limpiado mi espíritu como una esponja pasada por un vidrio empañado; y surgían en tropel recuerdos dentro de mi cerebro, recuerdos de la vida que yo acababa de

dejar, de las personas conocidas, observadas ó queridas.

Nada hace viajar tanto al espíritu y vagabundear á la fantasía, como el estar solo en el agua y bajo el cielo de una calurosa noche. Sentíame excitado, vibrante, cual si hubiera bebido vinos fuertes, respirado éter ó amado á una mujer.

Una ligera frescura nocturna humedecía la piel con imperceptible baño de salada bruma. El delicioso escalofrío de aquel débil descenso de la temperatura del aire corría por los miembros, entraba en los pulmones y beneficiaba al cuerpo y al espíritu en su inmovilidad.

¿Son más felices ó más desgraciados aquellos que reciben sus sensaciones en toda la superficie de su carne, tanto como en los ojos, en la boca, en el olfato ó en el oído?

Es una facultad rara y temible tal vez esta excitabilidad nerviosa y enfermiza de la epidermis y de todos los órganos que torna en emoción las menores impresiones físicas, y que según las temperaturas de la brisa, los olores del suelo y el color del día, impone sufrimientos, tristezas ó alegrías.

No poder entrar en la sala de un teatro porque el contacto de las personas agita por modo inexplicable todo el organismo; no poder penetrar en una sala de baile porque la vulgar alegría y el movimiento giratorio de los vales irrita como un insulto, sentirse triste hasta llorar ó alegre sin razón, según el decorado, los cortinajes y la descomposición de la luz en una casa, y hallar á las veces, mediante percepciones particulares, satisfacciones fisi-

cas que nada puede revelar á las gentes de organismo grosero; ¿es una felicidad ó una desgracia?

Lo ignoro; pero si el sistema nervioso no es sensible hasta el dolor ó hasta el éxtasis, sólo nos comunica conmociones medias y satisfacciones vulgares.

Aquella bruma del mar me acariciaba como una felicidad. Extendíase por el cielo y yo miraba con delicia las estrellas envueltas en nubes, algo pálidas en el sombrío y blancuzco firmamento. Las costas habían desaparecido tras de aquel vapor que flotaba en las aguas y servía de nimbo á los astros.

Hubiérase dicho que una mano sobrenatural acababa de envolver al mundo en finísimas nubes de algodón para algún viaje desconocido.

Y de repente, al través de aquella sombra nevosa, cruzó el mar lejana música venida no se sabe de dónde. Creí que alguna orquesta aérea erraba por el espacio para darme un concierto. Los sonidos debilitados, pero claros, de subyugadora sonoridad, esparcían en la dulce noche rumor de ópera.

Cierta voz habló cerca de mí.

—Toma—decía un marino—hoy es domingo, y la música de San Remo toca en el jardín público.

Yo escuchaba, de tal modo sorprendido, que me creía juguete de un bello ensueño. Escuché largo rato con inefable admiración el nocturno canto que volaba al través del espacio.

Pero hé aquí que en medio de un trozo se hinchó, aumentóse y pareció correr hacia nosotros. Esto fué de un efecto tan fantástico y sorprendente, que yo me enderecé para escuchar. Cierto, tornábase más distinto y fuerte de segundo en segun-

do. Llegaba hasta mí; pero ¿cómo? ¿Sobre qué falso fantasma iba á presentarse? Venía tan rápido, que, á pesar mío, miraba yo en la sombra con espantados ojos, y de repente, sentíme envuelto en un soplo cálido y perfumado de salvajes aromas, que se esparcían como una ola impregnada del fuerte olor de los mirtos, de la hierbabuena, del toronjil, de las siemprevivas, de los lentiscos, de las alhucemas y de los tomillos, quemados en la montaña por el sol de estío.

Era el viento de tierra que se levantaba cargado con los ambientes de la costa, y que llevaba á lo largo, mezclándola también con el olor de las plantas alpestres, aquella vagabunda armonía.

Quedéme jadeante, tan embriagado de sensaciones, que la turbación de esta embriaguez hizo delirar á mis sentidos. En verdad que yo no sabía á la sazón si aspiraba música, ó si oía perfumes, ó si dormía en las estrellas.

Aquella brisa de flores nos empujó hacia alta mar, evaporándose durante la noche. Debilitóse entonces poco á poco la música y se calló después, mientras que el barco se alejaba entre las brumas.

Yo no podía dormir, y me preguntaba cómo un poeta modernista, de la escuela llamada simbólica, habría expresado la confusa vibración nerviosa que acababa de embargarme, y que me parece, francamente hablando, intraducible. Cierto: algunos de esos laboriosos traductores de la multiforme sensibilidad artística, habrían salido del paso con honor, diciendo en eufónicos versos, llenos de sonoridades intencionales, incomprensibles y perceptibles sin embargo, esa inefable mezcla de sonidos perfuma-

dos, de bruma estrellada y de brisa marina, que siembra música en la noche.

¿Acaso no acababa yo de sentir hasta la médula este verso misterioso del gran Baudelaire:

Les parfums, les couleurs et le sons se répondent.

Y no solamente se corresponden en la naturaleza, sino que se corresponden en nosotros y se confunden a las veces "en una tenebrosa y profunda unidad", como lo dice el mismo poeta, mediante repercusiones de un órgano sobre otro.

Por lo demás, este fenómeno es desconocido desde el punto de vista médico. Se ha escrito este mismo año gran número de artículos designándole con estas palabras: la audición coloreada.

Hase probado que en las naturalezas muy nerviosas y sobreexcitadas, cuando un sentido experimenta un choque que le conmueve demasiado violentamente, el trastorno de esta impresión se comunica como una onda á los sentidos próximos, los cuales lo traducen á su manera. Así, la música despierta en ciertos seres visiones de colores. Es, pues, esto, una especie de contagio de sensibilidad, transformada según la función normal de cada aparato cerebral atacado.

Por ello puede explicarse el célebre soneto de Arturo Rimbaud, que refiere los matices de las vocales, verdadera declaración de fé adoptada por la escuela simbólica.

¿Tiene razón? ¿carece de ella? Para el picapedrero y hasta para muchos de nuestros grandes hombres, ese poeta es un loco ó un visionario. Para otros, ha descubierto y expresado una verdad absoluta, bien que esos exploradores de inaprehensi-

bles percepciones deban siempre diferir un poco en la opinión sobre los matices y las imágenes que pueden evocar en nosotros las misteriosas vibraciones de las vocales ó de una orquesta.

Si está reconocido por la ciencia—del día—que las notas de música, obrando sobre ciertos organismos, hacen aparecer coloraciones; si la nota *sol* puede ser roja, y el *fa* lila ó verde, ¿por qué no habían de provocar también estos mismos sonidos sabores en la boca y olores en el olfato? ¿Por qué los delicados algo histéricos no habían de gustar todas las cosas con todos sus sentidos á un tiempo, y por qué asimismo los simbólicos no habían de revelar deliciosas sensibilidades á los seres de su raza, poetas incurables y privilegiados? Esta es una simple cuestión de patología artística más bien que de verdadera estética.

¿No es posible efectivamente que algunos de esos escritores interesantes, neurópatas por seducción, lleguen á tal excitabilidad que cada impresión recibida produzca en ellos una especie de concierto de todas las facultades perceptivas?

¿Y no es precisamente esto lo que expresa su extraña poesía de sonidos que, pareciendo ininteligible, trata de cantar la escala entera de las sensaciones y de notar por el parecido de las palabras, mucho más que por su trabazón racional y su significación conocida, sentidos intraducibles, que son oscuros para nosotros y claros para ellos?

Porque los artistas están al cabo de sus recursos, buscan lo inédito, lo desconocido, emociones, imágenes, todo. Desde la antigüedad se han cogido todas las flores de su campo. Y he aquí que nues,

impotencia, sienten confusamente que podría haber tal vez para el hombre cierto ensanchamiento del alma y de la sensación. Pero la inteligencia tiene cinco barreras entreabiertas y encadenadas que se llaman los cinco sentidos, y estas cinco barreras son las que los hombres enamorados de un arte nuevo sacuden hoy con toda su fuerza.

La inteligencia, ciega y laboriosa incógnita, no puede saber nada, comprender nada, descubrir nada sino por los sentidos, los cuales son sus únicos proveedores, los únicos intermediarios entre la Naturaleza universal y ella. La inteligencia no trabaja más que sobre los datos suministrados por ellos, los cuales no pueden recogerlos por sí mismos sino según sus cualidades, su sensibilidad, su fuerza y su finura.

El valor del pensamiento depende pues evidentemente de una manera directa del valor de los órganos, y su extensión está limitada por su número.

M. Taine ha tratado y desarrollado magistralmente esta idea.

Los sentidos son en número de cinco, no más que cinco. Ellos nos revelan, interpretándolas, algunas propiedades de la materia circunsyacente que puede, que debe producir un número ilimitado de otros fenómenos que nosotros somos incapaces de percibir.

Supongamos que el hombre hubiese sido creado sin oído; viviría casi lo mismo, pero el Universo estaría mudo para él; no tendría la menor idea del ruido ni de la música, que son vibraciones transformadas.

Pero si hubiera recibido el don de otros órganos,

poderosos y delicados, dotados también de la propiedad de metamorfosear en percepciones nerviosas los actos y atributos de todo lo inesplorado que nos rodea, cuánto más variado sería el dominio de nuestro saber y de nuestras emociones.

En este impenetrable dominio trata de entrar cada artista, atormentando, violentando, agotando el mecanismo de su pensamiento. ¿No han sido aniquilados por el mismo esfuerzo para derribar esa barrera material que aprisiona la inteligencia humana, los que sucumben por el cerebro á la investigación de la muerte, Heine, Baudelaire, Balzac, Byron, vagabundo inconsolable de la desgracia de ser un gran poeta, Musset, Julio de Goncourt y tantos otros?

Sí, nuestros órganos son los que alimentan al genio artista y lo gobiernan. El oído engendra al músico, como el ojo al pintor. Todos concurren á las sensaciones del poeta. En el novelista domina generalmente la visión; domina de tal modo que es fácil reconocer, en la lectura de toda obra trabajada y sincera, las cualidades y propiedades físicas de la mirada del autor. El ensanchamiento del detalle, su importancia ó nimiedad, su usurpación en el plan y su naturaleza especial indican con certeza todos los grados y diferencias de miopías. La *coordinación* del conjunto, la percepción de las líneas y perspectivas preferidas á la observación detallada, el olvido mismo de las circunstancias pequeñas que son á menudo la característica de una persona ó de un medio; denuncian la mirada extendida, pero cobarde, de un presbíta?

III.

LA COSTA ITALIANA.

Todo el cielo está velado de nubes. El naciente día descende al través de esas brumas levantadas durante la noche, que extienden su sombría muralla más espesa en algunas partes, casi blanca en otras, entre la aurora y nosotros.

Témese vagamente, con cierto encogimiento de corazón, que cubran el espacio hasta la noche, y los ojos se alzan sin cesar hacia ellas con agoría de impaciencia, en una especie de muda plegaria.

Pero se adivina, en los espacios claros que separan sus masas más opacas, que el astro ilumina sobre ellas el azul firmamento y su nevosa superficie. Brota la esperanza y se aguarda.

Poco á poco palidecen, se aminoran y parecen fundirse. Nótase que el sol las quema, las corroe, las aniquila, con sus ardores, y que el inmenso techo de nubes, demasiado débil, cede, se dobla, se abre y cruje lajándose un enorme peso de luz.

Un punto se ilumina en medio de ellas, brilla un resplandor, ábrase una brecha, deslízase un rayo oblicuo y largo, y cae ensanchándose. Dijérase que el fuego prende en aquel agujero del cielo. Es una boca que se abre, se agranda, se abrasa, con labios incendiados, y escupe sobre las ondas una cascada de corada claridad.

Entonces, en mil sitios á la vez, rásgase la bóve-

da de sombras, se hace girones y deja pasar por innumerables aberturas brillantes flechas que se esparcen en lluvia sobre las aguas, sembrando en el horizonte la radiante alegría del sol.

El aire ha sido refrenado por la noche; un soplo de viento, no más que un soplo, acaricia la mar y hace que se estremezca apenas su azulada piel de moaré. Ante nosotros, sobre un cono de rocas, ancho y elevado, que parece surgir de las ondas y se apoya en la costa, trepa una puntiaguda ciudad, teñida de rosa por los hombres, como el horizonte por la victoriosa aurora. Algunas casas azules semejan preciosas manchas. Dijérase que es la mansión elegida por una princesa de las *Mil y una noches*.

Es Puerto Mauricio.

Cuando se le ha visto así, no hay que arribar á él.

Yo bajé, sin embargo.

El interior es una ruina. Las casas parecen desmenuzadas á lo largo de las calles. Un lado de la ciudad, desmoronado hacia la orilla, quizás á consecuencia de un temblor de tierra, ofrece, en toda la altura de la roca que las sostiene, paredes enyesadas y derruidas, mitades de antiguas viviendas, abiertas al viento norte. Y la pintura tan linda de lejos, cuando se armonizaba con el naciente día, no es ya sobre aquellos restos, sobre aquellas ruinas, más que un horrible abigarramiento de color tostado por el sol y lavado por las lluvias.

Y á lo largo de las callejas, tortuosas crujías cubiertas de piedras y de polvo, flota un olor incalificable, tan fuerte, tan tenaz, tan penetrante, que me

vuelvo á bordo del *yacht*, con los ojos manchados y sublevado el corazón.

Tal ciudad, es sin embargo, una capital de provincia. Dijérase, al poner el pie en esta tierra italiana, que es un trapo de miseria.

Frontera al otro lado del mismo golfo, está Oneglia, muy sucia también, muy fétida, aunque de aspecto menos siniestramente pobre y más vivo.

Bajo la puerta cochera del Colegio Real, abierta de par en par en estos días de vacaciones, una mujer, silenciosa, remienda un colchón.

Entramos en el puerto de Savone.

Un grupo de inmensas chimeneas de fábricas y de fundiciones, que alimentan cada día cuatro ó cinco grandes vapores ingleses cargados de carbón, despiden al cielo, por sus gigantes bocas, tortuosas espirales de humo, que caen en seguida sobre la ciudad en una lluvia negra de hollín, el cual es llevado por la brisa de barrio en barrio, como una nieve infernal.

No vayáis á ese puerto, barqueros que gustáis de conservar sin mancha las blancas velas de vuestras embarcaciones.

Savone es gentil, sin embargo, muy italiana, con calles estrechas, distraídas, llenas de agitados vendedores, de frutos extendidos por el suelo, de rojos tomates, de redondas calabazas, de uvas negras ó doradas, y transparentes cual si hubiesen bebido luz,

de verdes plantas esparcidas á la casualidad, y cuyas hojas, sembradas á granel sobre los empedrados, parecen una invasión de la ciudad por los jardines.

Al volver á bordo del *yacht*, veo de repente á lo largo del muelle, en una góndola napolitana, sobre una inmensa mesa que ocupa todo el puente, algo extraño como un festín de asesinos.

Sangrientos, de un rojo de degollación, cubriendo el barco entero de un color, y, al primer golpe de vista, de una emoción de matanza, de carnicería, se extienden, ante treinta marineros de tez morena, sesenta ó cien pedazos de rojas sandías partidas.

Dijérase que aquellos alegres hombres comen á dos carrillos de la ensangrentada bestia, como las fieras en las jaulas. Es una fiesta. Han invitado á las tripulaciones vecinas. Reina el contento. Las encarnadas gorras sobre las cabezas, son menos rojas que la carne del fruto.

Cuando se hizo completamente de noche, volvíme á la ciudad.

Un rumor de música que me atraía, me indujo á cruzarla por completo. Encontré una avenida, que seguían en grupos la *burguesía* y el pueblo, lentamente yendo hacia aquel concierto nocturno, que da dos ó tres veces por semana la orquesta municipal.

Esas orquestas sobre esta tierra de la música, valen, aun en las ciudades pequeñas, tanto como las de nuestros buenos teatros. Me acordé de la que había oído yo la otra noche desde el puente de mi barco, y cuyo recuerdo me quedaba como el de una de las más dulces caricias que jamás me haya producido alguna sensación.

La avenida desembocaba en una plaza que iba á

perderser en la playa, y allí, en la sombra apenas alumbrada por los mecheros separados y amarillos de los faroles, tocaba aquella orquesta no se qué á la orilla del mar.

Las olas algo pesadas, aunque el viento fuerte se había calmado de repente, llevaban á lo largo de la orilla su ruido monótono y regular que rimaba el vivo canto de los instrumentos; y el firmamento de color violeta, un violeta casi reluciente, dorado por miles y miles de astros, dejaba caer sobre nosotros una noche sombría y ligera, que cubría con sus transparentes tinieblas la silenciosa multitud; multitud que apenas hablaba, caminando despacio en torno del círculo de músicos ó sentada en los bancos del paseo, sobre grandes piedras abandonadas á lo largo de la playa, ó sobre enormes postes colocados en el suelo junto á la alta moatura de madera, á los costados aún entreabiertos de un gran navío en construcción.

No sé si las mujeres de Savone son hermosas, pero sé que se pasean casi todas con la cabeza descubierta por la noche, y que llevan sin excepción un abanico en la mano. Era encantador aquel mundo batir de alas prisioneras, de alas blancas, pintadas ó negras, temblorosas cual grandes mariposas de noche sujetas entre los dedos. Encontrábase en cada mujer que se veía, en cada grupo errante ó reposado, aquel revoloteo cautivo, aquel vago esfuerzo por echar á volar de las hojas balanceadas que parecían refrescar el aire de la noche, mezclándole cierta coquetería, algo femenino, dulce de respirar por un pecho de hombre.

Y hé aquí que en medio de este palpitar de aba-

nicos y de todas esas cabelleras descubiertas en torno mío, me puse á fantasear neciamente como en recuerdos de cuentos de hadas, lo mismo que cuando estaba en colegio, en el helado dormitorio, pensando antes de dormirme en la novela devorada á hurtadillas bajo la tapa del pupitre. A veces también en el fondo de mi envejecido corazón, envenenado por la incredulidad, se despierta durante algunos instantes mi sencillo corazón de muchacho.

Una de las cosas más bellas que se pueden ver en el mundo, es á Génova desde alta mar.

En el fondo del golfo levántase la ciudad como si saliera de las ondas, al pie de la montaña. A lo largo de las dos costas que se redondean alrededor de ella, dijérase que para encerrarla, protegerla y acariciarla, quince ciudades pequeñas, vecinas, vasallas, sirvientes, reflejan y bañan en el agua sus claros edificios. Estas son, á la izquierda de su gran dueña, Cogoleto, Arenzano, Voltri, Pra, Pegli, Sestri-Ponente, San Pier d'Arena; y á la derecha, Sturla, Quarto, Quinto, Nervi, Bogliasco, Sori, Recco, Camogli, última mancha blanca sobre el cabo de Porto-Fino, que cierra al golfo por el S. E.

Yérguese Génova encima de su inmenso puerto, sobre las primeras eminencias de los Alpes, que se elevan por detrás, encorvados y alargándose en una gigante muralla. Sobre la mole hay una elevada torre cuadrada, el faro llamado "La Linterna," semejante á una desmesurada bajía.

Penétrase en el antepuerto, enorme estanque admirablemente protegido donde circula, buscando práctico, una flota de remolcadores. Después de haber dado vuelta con dirección Este, se halla el puerto, poblado de navíos, de esos lindos navíos del Mediodía y del Oriente, de preciosos matices, tartanas, balancelas, mahomas, con sus velas y palos, pintadas con gusto exquisito, portadoras de *madonas* azules y doradas, de santos en pie sobre la proa y de animales raros, que son á la vez sagrados protectores.

Toda esta flota de vírgenes y talismanes está alineada á lo largo de los muelles, volviendo hacia el centro de los estanques sus designales y puntiaguadas narices. Luego aparecen clasificados por compañías poderosos vapores de hierro, estrechos y altos, con formas colosales y delicadas. Hay, además, en medio de estos peregrinos del mar, blancos navíos, grandes *bricks*, vestidos como los árabes, con un brillante traje, sobre el cual se desliza el sol.

Si nada es tan lindo como la entrada de este puerto, nada hay tan sucio como la entrada de la ciudad. El bulevar del muelle es una lágrima de inmundicias, y las estrechas y originales calles, encerradas como corredores entre dos líneas tortuosas de casas desmesuradamente altas, revuelven incesantemente el estómago con sus pestilentes emanaciones.

Experimentase en Génova lo mismo que en Florencia y más aún en Venecia, la impresión de una muy aristocrática ciudad caída en manos del populacho.

Allá surge el pensamiento de los rudos señores que peleaban ó traficaban en el mar, y que, des-

pués, con el dinero de sus conquistas, de sus capturas ó de su comercio, mandaban construir los asombrosos palacios de mármol que todavía bordean las calles principales.

Cuando se penetra en esas magníficas viviendas, odiosamente embadurnadas por los descendientes de aquellos grandes ciudadanos de la más orgullosa de las repúblicas, y se compara su estilo, los patios, los jardines, los pórticos, las galerías interiores, todo el decorado y soberbio orden, con la opulenta barbarie de los más hermosos hoteles del París moderno, con esos palacios de millonarios que no saben tocar más que al dinero, que son impotentes para concebir, para desear una cosa bella y nueva, y para hacer nacer con su oro, compréndese entonces que la verdadera distinción de la inteligencia, que los sentidos de la rara belleza de las menores formas, de la perfección de las proporciones y de las líneas, han desaparecido de nuestra democratizada sociedad mezcla de ricos hacendados sin gusto y de gentes improvisadas sin tradiciones.

Es hasta una observación curiosa de hacer la de la vulgaridad del hotel moderno. Entrad en los viejos palacios de Génova, allí veréis una sucesión de patios de honor con galerías y columnatas y escaleras de mármol increíblemente hermosos, todos diversamente dibujados y concebidos por verdaderos artistas para hombres de mirada instruída y difícil de contentar.

Entrad en los antiguos castillos de Francia, allí encontraréis los mismos esfuerzos hacia la incesante renovación del estilo y del ornato.

Entrad luego en las más ricas viviendas del Pa-

rís actual, allí admiraréis curiosos objetos antiguos cuidadosamente catalogados, denominados, expuestos bajo cristal según su valor conocido, pagado, afirmado por peritos; pero ni una sola vez quedaréis sorprendidos por la originalidad y nueva invención de las diferentes partes de la vivienda misma.

El arquitecto tiene el encargo de construir una hermosa casa de varios millones, y cobra el cinco ó el diez por ciento sobre los gastos, según la cantidad de trabajo artístico que deba introducir en su plano.

El tapicero, con diferentes condiciones, está encargado de adornarla. Como estos industriales no ignoran la incompetencia nativa de sus clientes, ni se atreverían á proponerles lo desconocido, se contentan con hacer poco más ó menos lo mismo que han hecho ya para otros.

Cuando se ha visitado en Génova esas antiguas y nobles viviendas, admirado algunos cuadros y sobre todo tres maravillas de ese gran maestro que se llama Van Dyck, ya no queda que ver más que el Campo Santo, cementerio moderno, museo de escultura fúnebre la más extraña, la más sorprendente, la más macabra y la más cómica tal vez, que hay en el mundo. En toda la longitud de un inmenso cuadrilátero de galerías, gigante claustro abierto sobre un prado que las tumbas de las pobres cubren con la nieve de sus blancas lápidas, se desfila ante una sucesión de *burgueses* de mármol que lloran á sus difuntos.

¡Qué misterio! La ejecución de estos personajes revela un oficio notable, un verdadero talento de obreros de arte. La naturaleza de los vestidos, de

las casacas, de los pantalones, muéstrase allí mediante procederes de facturas pasmosos. Yo ví un traje de *moiré*, indicado en las claras soluciones de continuidad de la tela, de una verosimilitud increíble; y nada es más irresistiblemente grotesco, monstruosamente ordinario, indignamente común, que esas gentes que lloran á parientes queridos.

¿Quién tiene la culpa? El escultor que no ha visto en la fisonomía de sus modelos más que la vulgaridad del *burgués* moderno; que no sabe ya encontrar ese reflejo superior de humanidad, descubierta tan bien por los pintores flamencos cuando expresan como maestros artistas los tipos más populares y más feos de su raza. Al *burgués* tal vez á quien la baja civilización democrática ha hecho rodar como rueda el guijarro de los mares, borrando su carácter distintivo, y que ha perdido en este roce los últimos signos de originalidad de que cada clase social parecía estar dotada en otros tiempos por la naturaleza.

Los genoveses se muestran muy orgullosos de este sorprendente museo que desorienta á la razón.

Desde el puerto de Génova hasta la punta de Porto-Fino hay un rosario de ciudades, un engranaje de casas sobre las playas, entre lo azul del mar y lo verde de la montaña. La brisa del Sudeste nos obliga á bordear. Es débil, pero con soplos bruscos que inclinan el *yacht* y lo lanzan de pronto hacia delante, con dos guirnaldas de espuma que hier-

ven en la proa como baba de bestia marina. Luego cesa el viento y se calma el buque, recobrando su tranquilo camino, que según está el oleaje, ora lo aleja de la costa italiana, ora lo aproxima á ella. A cosa de las dos, el patrón, que consultaba el horizonte con los gemelos para conocer en el velamen desplegado y en las amuras tomadas por los barcos que se veían, la fuerza y dirección de las corrientes de aire en aquellos parajes en que cada golfo da un viento tempestuoso ó ligero y donde los cambios de temporal son rápidos como un ataque de nervios de mujer, me dijo bruscamente:

— Señor, hay que quitar el botalón; los dos bergantines goletas que están delante de nosotros acaban de recoger sus velas altas. Allá abajo sopla fuerte.

Dióse la orden, y la larga tela hinchada descendió del mástil, deslizóse colgante y blanda, palpitante todavía como un pájaro al cual se mata, á lo largo de la mesana que comenzaba á presentir la ráfaga anunciada y próxima.

No había olas. Algunas leves ondas se ofrecían únicamente de sitio en sitio; pero de pronto, á lo lejos, ante nosotros, ví el agua enteramente blanca, blanca como si hubieran extendido una sábana por encima.

Aquello venía, se acercaba, acudía, y cuando esta línea de algodón estuvo sólo á unos cientos de metros de nosotros, todo el velamen del *yacht* recibió una gran sacudida del viento, que parecía galopar por la superficie de la mar bramadora y furiosa, desplumando el costado como una mano desplumaría el vientre de un cisne. Y todo aquel plumón

arrancado del agua, aquella epidermis de espuma, daba vueltas, volaba, se desparramaba á impulsos del ataque invisible y silbante de la borrasca. Nosotros también, tendidos de lado, invadida la cubierta por el encrespado oleaje que subía al puente, tendidos los obenques, crujiente la arboladura, partimos con loca carrera, invadidos por un vértigo, por una furia de velocidad. Y es en verdad una embriaguez única, imposible de imaginar, el tener en ambas manos, con todos los músculos en tensión, desde la rodilla hasta el cuello, la larga barra de hierro que conduce al través de las ráfagas, á esta bestia apresurada é inerte, dócil y sin vida, hecha de tela y de madera.

Esfe furor del aire no duró más que unos tres cuartos de hora, y de repente, cuando el Mediterráneo hubo recobrado su hermoso tinte azul, parecióme (tan dulce se tornó súbitamente la atmósfera) que el rumor de los cielos se apaciguaba. Aquello era una cólera que decaía, el fin de una mañana ruda, y la alegre sonrisa del sol esparcióse ampliamente por el espacio.

Nos aproximábamos al cabo, cuando observé en un extremo, al pié de la escarpada costa, en un agujero sin acceso, una iglesia y tres casas. ¿Quién vive allí, Dios mío? ¿Qué pueden hacer aquellas gentes? ¿Cómo se comunican con las otras, sino por una de las dos canoas colocadas sobre la estrecha playa?

Ya se dobló la punta. La costa continúa hasta Porto-Venere, á la entrada del golfo de la Spezzia. Toda esta parte de la ribera italiana es incomparablemente seductora.

En una bahía ancha y profunda, abierta ante nosotros, se distingue á Santa Margarita, Rapallo, Chiavari. Más allá está Sestri Levante.

El *yacht* habia cambiado de dirección deslizándose entre dos cables de rocas, y al extremo del cabo, que acabábamos apenas de volver, se descubre de pronto una garganta oculta, casi indescubrible, llena de árboles, de abetos, de olivos, de castaños. Toda una pequeña ciudad, Porto-Fino, se desarrolla en media luna alrededor de aquel calmoso estanque.

Atravesamos lentamente el angosto paso que une con el mar á ese encantador puerto natural, y penetramos en aquel cerco de casas, coronado, por un bosque de poderosa y fresca verdura, reflejados ambos en el espejo de agua tranquila donde parecen dormir algunas barcas de pescadores.

Una de ellas viene á nosotros ocupada por un viejo. Este nos saluda, nos da la bienvenida, indica el fondeadero, coge una amarra para llevarla á tierra, vuelve á ofrecer sus servicios, sus consejos, todo lo que queramos pedirle, y nos hace al fin los honores de aquella cabaña de pesca. Es el patrón del puerto.

Tal vez nunca haya sentido yo una impresión de beatitud comparable á la de la entrada en esta verde caleta, ni un sentimiento de reposo, de tranquilidad, de calma de la agitación vana en que lucha la vida, más fuerte y consolador que aquel que se apoderó de mí cuando el ruido del áncora que caía dijo á todo mi sér encantado que nos quedábamos allí.

Hace ocho días que estoy remando. El *yacht*

permanece inmóvil en medio de la minúscula y tranquila rada, y yo voy á errar en mi canoa, á lo largo de las costas, en las grutas donde gruñe la mar en el fondo de invisibles agujeros y alrededor de los islotes extraños y desligados que ella moja con sus besos sin fin en cada una de sus palpitaciones, y sobre los escollos á flor de agua que ostentan crines de hierbas marinas. Me gustan ver flotar debajo de mí, en las ondulaciones de la insensible ola, esas largas plantas rojas ó verdes donde se mezclan, donde se ocultan, donde se deslizan las inmensas familias apenas nacidas de los tiernos pececillos. Díjérase que son semillas de agujas de plata que viven y nadan.

Cuando levanto los ojos hasta las rocas de la orilla, veo allí grupos de muchachos desnudos, con cuerpos tostados, que se asombran de este vagabundo.

Son innumerables también, como otra progenitura de la mar, como una tribu de jóvenes tritones nacidos ayer, que trepan por las orillas del granito, á fin de aspirar un poco el aire del espacio. Encuétranse ocultos en todas las hendiduras, encuétranse en pie sobre las puntas, dibujando en el cielo italiano sus lindas y débiles formas de estatuitas de bronce. Otros, sentados, con las piernas colgando, al borde de las enormes piedras, descansan entre dos remolinos.

Hemos salido de Porto-Fino para Santa Margarita, la cual no es un puerto, sino un fondo de golfo algo resguardado por un muelle.

Aquí es la tierra tan cautivadora que casi hace olvidar el mar. La ciudad está al abrigo del ángu-

lo hueco de dos montañas. Sepáralas un valle que va hacia Génova. Sobre estas dos costas, innumerables caminos abiertos entre dos paredes de piedras, cuya altura es próximamente la de un metro; se cruzan, suben y bajan, van y vienen, estrechos, pedregosos, en cuesta y en escalera, y separan innumerables campos, ó más bien jardines de olivos é higueras, rodeados de rojos pámpanos.

Al través de las quemadas hojas de las vides empingorotadas en los árboles, se distinguen, muy lejos, el azulado mar, rojos cabos, blancas ciudades, bosques de abetos sobre las pendientes, y grandes cumbres de granito gris. Delante de las casas, que se encuentran de trecho en trecho, hacen encaje las mujeres. En todo este país apenas se ve una puerta, donde no estén sentadas dos ó tres de estas obreras, trabajando en la hereditaria tarea, y manejando con sus ligeros dedos los numerosos hilos blancos ó negros de donde penden, danzando con interminable saltar, cortos pedazos de madera nueva. Estas mujeres son frecuentemente lindas, buenas mozas y de orgulloso aspecto, pero descuidadas, sin aliño ni coquetería. Muchas conservan aún huellas de la sangre sarracena.

Cierto día, en la esquina de una calle de la aldea, pasó junto á mí una de ellas y me dejó la emoción de la belleza más sorprendente que tal vez haya encontrado yo en mi vida.

Bajo un pesado haz de cabellos obscuros que se esparcían por la frente en desdénoso desorden, presentaba un rostro ovalado y moreno de mujer oriental, de hija de los moros, cuyo aspecto conservaba; pero el sol de las florentinas le había dado un cutis

con resplandores de oro. Los ojos, ¡qué ojos! rasgados, y de una negrura impenetrable, parecían deslizar una caricia, al abrigo de unas cejas tan tupidas y grandes, como jamás he visto otras. Y la carne alrededor de aquellos ojos daba una sombra tan extraña, que si yo no hubiera visto en plena luz aquella mujer, habría sospechado en ella el artificio de las mundanas.

Cuando se hallan vestidas de harapos criaturas semejantes, ¡lástima que no pudiera uno cogerlas y llevárselas, aunque sólo fuera para adornarlas, decirles que son hermosas y admirarlas! ¡Qué importa que no comprendan el misterio de nuestra exaltación, toseas como todos los ídolos, hechiceras como ellas solas, hechas solamente para ser amadas por corazones que deliran y festejadas con palabras dignas de su hermosura!

Si yo pudiera elegir, sin embargo, entre la más hermosa de las criaturas vivientes y la mujer pintada por el Ticiano, que ocho días más tarde volví á ver en la sala de la tribuna, en Florencia, elegiría la mujer pintada por el Ticiano.

Florencia, que me atrae como la ciudad donde más me hubiera gustado vivir en otro tiempo, que tiene para mis ojos y para mi corazón un encanto inefable, me atrae todavía casi sensualmente por aquella imagen de mujer acostada, prodigioso ensueño de atractivo carnal. Cuando pienso en esa ciudad tan llena de maravillas, donde se entra al fin de los días encorvado de tanto ver, como un cazador de tanto andar, se me ofrece luminoso, de repente, en medio de los recuerdos que brotan, el inmenso lienzo donde reposa aquella gran mujer de

impúdico gesto, desnuda y rubia, despierta y tranquila.

Después de ella, después de esta evocación de todo el poder seductor del cuerpo humano, surgen dulces y púdicas las vírgenes, las de Rafael en primer término, la Virgen del Gran Duque, la Virgen de la Silla, otras más, las de los primitivos, de rasgos inocentes, de cabellos pálidos, ideales y místicos, y las de los materialistas, llenas de salud.

Cuando se pasea uno no sólo por esta ciudad única, sino por todo este país, la Toscana, donde los hombres del Renacimiento han producido obras maestras á manos llenas, preguntase uno con asombro lo que fué el alma exaltada y fecunda, embriagada de hermosura, locamente creadora, de esas generaciones sacudidas por un delirio artista. En las iglesias de las ciudades pequeñas, donde se va para ver cosas que no son indicadas al común de los visitantes, descúbrese en las paredes, en el fondo de los coros, pinturas inestimables de esos grandes maestros modestísimos que no vendían sus lienzos en las Américas, todavía inexploradas, y se iban pobres, sin esperanza de fortuna, trabajando por el arte cual piadosos obreros.

Y esta fuerte raza no ha dejado nada inferior. El mismo reflejo de impercedera hermosura aparecido bajo el pincel de los pintores y bajo el cincel de los escultores, se agranda en líneas de piedra sobre las fachadas de los monumentos. Las iglesias y sus capillas están llenas de esculturas de Lucca della Robbia, de Donatello, de Miguel Angel; sus puertas de bronce son obra de Bonannus ó de Juan de Bolonia.

BIBLIOTECA DE NIÑO LEON
"ALFONSO"
1914

Cuando se llega á la *piazza della Signoria*, frente á la *loggia dei Lanzi*, véanse juntos, bajo el mismo pórtico el *Robo de las Sabinas* y á *Hércules matando al Centauro Nessus*, de Juan de Bolognia; *Perséa con la cabeza de Medusa*, de Benvenuto Cellini; *Judit y H. Iofernes*, de Donatello. Albergaba también, hace algunos años, el *David* de Miguel Angel.

Pero cuanto más embriagado se sieté uno, cuanto más reducido por el encanto de este viaje en un bosque de obras de arte, más invadido se encuentra por un extraño sentimiento de malestar que se mezcla pronto con la alegría de ver. Procede del asombroso contraste de las gentes modernas, tan vulgares, tan ignorantes de lo que miran, con los lugares que habitan. Siéntese que el alma delicada, activa y refinada del antiguo pueblo desaparecido que cubrió á este suelo de obras de arte, no agita ya las cabezas con sombreros redondos de color de chocolate, ni anima los indiferentes ojos, ni exalta los vulgares deseos de este pueblo sin ensueños.

Al volver á la costa, me detuve en Pisa para ver otra vez la plaza de la Cúpula.

¿Quién podrá explicar jamás el penetrante y triste encanto de ciertas ciudades casi difuntas?

Pisa es una de ellas. Apenas se ha entrado, siéntese en el alma melancólica languidez, un deseo impotente de marchar y de quedarse, una indolente gana de huir y de gustar indefinidamente la dulzura sombría de su atmósfera, de su ceelo, de sus casas, de sus calles, habitadas por el más tranquilo, sombrío y silencioso de los pueblos.

La vida parece salida de ella como el mar que se

ha alejado, enterrando su puerto, en otro tiempo soberano, extendiendo una llanura y haciendo brotar un bosque entre la nueva orilla y la ciudad abandonada.

El Arno la atraviesa con sus amarillentas aguas que se deslizan ondulando dulcemente entre dos altas murallas que soportan los dos principales paseos, bordados de casas amarillentas también, de hoteles y de algunos palacios modestos.

Sola, construída sobre el muelle mismo, cortando su línea sinuosa, proyecta precisamente sobre el agua su perfil de relicario la capilla de *Santa Maria della Spina* perteneciente al estilo francés del siglo XIII. Dijérase, al verla así á la orilla del río, que es el lindo lavadero gótico de la Virgen, á donde los ángeles vienen á lavar, de noche, todos los usados oropeles de las madonas.

Pero por la calle de Santa María se va á la plaza de la Cúpula.

Para los hombres que cultivan aún la hermosura y el poder místicos de los monumentos, seguramente no existe nada en la tierra más sorprendente y conmovedor que esta ancha y hermosa plaza, cercada de elevadas murallas que aprisionan, en sus actitudes tan diversas, la Cúpula, el Campo Santo, el Baptisterio y la Torre inclinada.

Cuando se llega al límite de este desierto campo salvaje, encerrado entre viejas murallas, y donde surgen repentinamente ante los ojos esos cuatro inmensos seres de mármol, tan inesperados por su perfil, color, gracia harmoniosa, y soberbia, quedáse uno lleno de asombro y turbado por la admira-

ción como ante el más raro y grandioso espectáculo que el arte humano pueda ofrecer á la mirada.

Pero pronto es la Cúpula lo que atrae y conserva toda la atención por su inefable armonía, por el irresistible poder de sus proporciones y por la magnificencia de su fachada.

Es una basílica del siglo XI, de estilo toscano, toda de mármol blanco con incrustaciones negras y de color. No se siente, en presencia de esta perfección de la arquitectura romano-italiana, el asombro que imponen al alma ciertas catedrales góticas por su elevación atrevida, por la elegancia de sus torres y campanarios; por el encaje de piedra que las envuelve y por la gigante desproporción de su altura respecto de la base.

Pero permanece uno tan sorprendido y cautivado por las irreprochables proporciones, por el encanto intraducible de las líneas, de las formas y de la fachada adornada abajo con pilastras unidas por arca-das, y arriba con cuatro galerías de columnitas más pequeñas de piso en piso, que la seducción de este monumento queda en nosotros como la de un poema admirable, como una emoción nuevamente descubierta.

De nada sirve el describir estas cosas, hay que verlas, y verlas bajo su cielo, bajo aquel cielo clásico, ie un azul especial, donde las nubes, lentas y agrupadas en el horizonte, en plateadas masas, parecen copiadas por la naturaleza sobre los cuadros de los pintores toscanos. Estos artistas eran realistas impregnados de la atmósfera italiana; y aquellos que los han imitado bajo el sol de Francia son únicamente falsos obreros del arte.

Detrás de la catedral, la pequeña torre, eternamente inclinada como si estuviera para caerse, molesta irónicamente el sentido del equilibrio que llevamos en nosotros, y enfrente de ella el Baptisterio redondea su alta cúpula cómica ante la puerta del Campo Santo.

En este antiguo cementerio cuyos frescos están considerados como pinturas de capital interés, se extiende un claustro delicioso, de una belleza penetrante y triste, en medio del cual ocultan dos antiguos tilos, bajo su ropaje de verdura, tal cantidad de madera muerta, que producen con los soplos del viento un extraño ruido como de huesos que se chocan.

Pasan los días. El estío toca á su fin. Quiero visitar todavía un país lejano, donde otros hombres han dejado recuerdos más vagos, pero eternos también. Estos son en verdad los únicos que han sabido dotar á su patria de una exposición universal que será visitada durante toda la serie de los siglos.

IV.

SICILIA.

Existe en Francia el convencimiento de que Sicilia es un país salvaje, difícil y aun peligroso de visitar. De cuando en cuando algún viajero que pasa por audaz, se aventura á ir hasta Palermo, y vuel-